

namente amada... El desterrado que vuelve á su pátria, apresura sus pasos día y noche... Así nosotros, hermanos míos, fijemos en el cielo nuestros ojos y marchemos con ardor por la senda que á él nos ha de conducir...; Oh mansión afortunada de la ciudad celestial, día brillante de la eternidad, que jamás es oscurecido por la noche, antes bien con sus rayos lo ilumina la soberana Verdad; eterno día de paz y de sosiego! ¿cuándo nos será dado contemplarte? ¿cuándo nos veremos libres de las miserias de este mundo? ¿cuándo, desembarazados de nuestros vicios y de nuestras imperfecciones, podremos estar unidos solamente á Dios (1)?... ; Oh buen Jesús!... Hacednos la gracia de que vivamos tan santamente aquí abajo, que podamos un día poseeros, contemplar la gloria de vuestro reino, de ese reino que habeis *preparado desde toda una eternidad para las almas que os seran fieles...*; Así sea.!

### INSTRUCCION TERCERA.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

De como el hombre está colocado en el camino que ha de conducirle al cielo.

TEXTO. *Beati immaculati in via... Beati qui ambulant in viis ejus.* Bienaventurados los que se conservan sin mancha en el camino de Dios... Bienaventurados los que siguen el camino que él les ha trazado.

(SALM. CXVIII, 1; SALM. CXXVII, 1)

EXORDIO. — Sí, muy amados hermanos míos, como decíamos el miércoles por la noche, el hombre viene de Dios, está formado por él, es obra de sus manos, y hácia Dios vuelve, después de haber pasado aquí

(1) V. Imitación, lib. III, cap. XLVIII.

abajo mayor ó menor número de años. A la felicidad del cielo es á la que está destinado. Esta gloria de que esta mañana (1) Jesucristo nos hacía ver un reflejo en su Transfiguración, ha de ser nuestro patrimonio... Allí está el término de nuestra carrera, el descanso que nos espera después de las fatigas del viaje, la recompensa después de los trabajos y pruebas de la vida. Si la felicidad del cielo es el término de este viaje que efectuamos en la tierra, ya comprendéis, hermanos míos muy amados, que es para nosotros de la mayor importancia tomar el buen camino... ; Desgraciados, tres veces desgraciados de nosotros, si extraviándonos por estos tortuosos senderos, llegamos á perder de vista aquella pátria á donde Dios nos llama!.. Hay sin embargo tantos senderos distintos, tantos caminos tortuosos... el camino de la impureza, donde la juventud y las malas pasiones nos arrastran; el camino de la avaricia, á donde nos atrae el amor á los bienes de este mundo, y que lleva al olvido de Dios; el camino de la indiferencia, de la apatía, en el que nos dormimos, al descuidar las más sagradas obligaciones, los deberes más sagrados...

PROPOSICIÓN. — ¿Cómo reconocer, en medio de tan diversos caminos que se cortan y cruzan en todas direcciones, cómo reconocer, digo, el bueno, el que debe conducirnos al cielo, cuando todos los demás nos alejan de él, todos van á parar al infierno? Uno solo, tenedlo bien entendido, uno solo lleva al paraíso; y aún nuestro divino Salvador nos hace saber que *éste es muy estrecho* (2). Yo me propongo demostraros como Dios, en su adorable misericordia, ha querido que, desde que entramos en la vida, seamos colocados en este camino que debe conducirnos á la gloria eterna.

DIVISIÓN. — Os diré pues, *en primer lugar*, que por el Bautismo hemos sido puestos en el camino del cielo; *en segundo lugar*, os recordaré en pocas palabras con qué condición nos ha puesto en él, y qué promesas le hicimos.

*Primera parte.* — Sí, hermanos míos muy amados, Dios ha querido

(1) El Evangelio del segundo domingo de Cuaresma refiere la Transfiguración del Señor.

(2) Mateo, VII, 14.



que, recibiendo el Bautismo, los primeros pasos que diésemos sobre este suelo, aún antes de tener el uso de razón, los diésemos ya por este camino de vida. Por esto instituyó el Bautismo, sacramento divino que nos coloca en la senda del paraíso... Hace mil cuatrocientos años que los Francos eran todavía bárbaros y paganos: Clodoveo, su rey, convertido por las apremiantes exhortaciones de santa Clotilde, su mujer, y resuelto á hacerse cristiano, por una victoria que reconocía deber á la protección del Señor, se hacía instruir en las verdades de nuestra religión por san Remigio, obispo de Reims. Cuando el pontífice le hubo explicado suficientemente todos los misterios de la fé, y hubo probado su constancia durante muchos meses, escojó el día de Navidad para conferirle el bautismo. ¡Oh, aquel día fué una fiesta solemne para la ciudad de Reims! Las calles estaban cubiertas de colgaduras, y el rey, al salir de su palacio, se vió rodeado de una numerosa muchedumbre, que hacía resonar el aire con cánticos de alegría... Llegó al colmo su admiración cuando, una vez en la vasta catedral, vió millares de cirios centelleando en arañas de oro; perfumes de mil especies ardían en cazoletas de plata esparciendo los más suaves olores. Una multitud ébria de alegría se precipitaba alrededor del príncipe bárbaro que iba á hacerse cristiano; un numeroso clero, revestido con espléndidos ornamentos, le rodeaba... A la vista de tanta magnificencia, Clodoveo se detiene sorprendido... « Padre, dice volviéndose hácia el obispo de Reims, ¿es éste el reino de Jesucristo, ese Cielo de que me habeis hablado? — Nó, hijo mio, contestó san Remigio, esto no es más que el camino. » Avanzan juntos hasta las fuentes bautismales; allí, el feroz bárbaro encorva la cabeza, y el obispo vierte sobre él el agua que purifica... Y bien, esto que san Remigio le decía al rey de los Francos, os lo repito yo hoy: el Bautismo es el camino del Cielo, es el sacramento que nos coloca en el camino de esa pátria bienaventurada, para la cual Dios nos ha criado á todos.

Considerad, carísimos hermanos míos, una cosa que todos los días pasa á vuestra vista, y en la cual tal vez jamás habeis reflexionado. Sí, consideradla atentamente, y bendecid á Dios... Apenas el niño acaba de nacer; apenas ¡pobrecito sér! se abren sus ojos á la luz; está allí, llorando en su cuna, y ved ahí que se le trae á la iglesia para ofrecerlo á

Dios, para consagrarlo á Jesucristo por medio del bautismo; y, apesar de su impiedad, sus padres hasta incrédulos, no estan tranquilos hasta que su hijo está bautizado. Se le lleva á la iglesia, recítanse sobre él santas plegarias, cae sobre su frente el agua del bautismo... Inmediatamente, por la gracia de Dios, por los méritos del dulce Salvador Jesucristo, aquel niño, que, al nacer, llevaba la mancha original, aquel niño heredero de la maldición pronunciada contra nuestros culpables primeros padres, se convierte en hijo estimado de Dios; la Iglesia cuenta con un miembro más; los Angeles miran con complacencia á aquel nuevo hermano... ¡Angel custodio de este pequeño sér, tú eres quien más te regocijas de su dicha; cuánto te complace tener que acompañar sobre este suelo á este niño hecho cristiano, y marcado ya en la frente con la señal de los elegidos! Se le vuelve á llevar á su madre, quien lo abraza con más cariño todavía... Que duerma apaciblemente ahora en su cuna; sea cual sea su posición, descanse sobre paja ó sobre mullido plumón, está en gracia de Dios; es rico, está en el camino que conduce al reino del Cielo.

Pero viene la muerte, apesar del amor de sus padres, apesar de las lágrimas de su madre (porque ¡ay! la muerte no tiene piedad), viene la muerte á herirle en la cuna; sucumbe desde sus tiernos años, como la flor que se abre un instante para agostarse enseguida; viajero de unos cuantos días sobre este suelo, muere después de una existencia de algunos meses ó de algunos años! Enjuga, ¡oh! enjuga tus lágrimas, madre cristiana, tu hijo está en el Cielo, y mientras tú lloras junto á su pequeña tumba, los Angeles se regocijan y le introducen en la pátria, cantando: *Beati immaculati in via: ¡Dichosos aquellos que se han conservado sin mancha en el camino del Señor!...* Sí, mis muy amados hermanos, es de tal manera cierto que el Bautismo nos pone en el buen camino, que todo niño bautizado, que llega á morir antes de la edad de la razón, va directamente al Paraíso.

*Segunda parte.* — Os he prometido algunas reflexiones sobre las promesas del Bautismo; seran breves, porque, apesar del interés con que me escuchais, ya sabeis, hermanos míos, que no quiero, ni abusar de vuestra atención ni fatigarla. Al recibir el Bautismo, se hacen promesas, se contraen compromisos. Es una especie de contrato formado



entre el niño y la Iglesia que lo recibe en su seno. ¿Qué pedis á la Iglesia? Es una de las primeras preguntas que el sacerdote dirige á ese niño. Contestación: « La fé ó el bautismo que la da. » Pero ¿prometeis creer todas las verdades de la religión, someteros á los mandamientos de Dios y de su Iglesia santa? Lo cual no es más que una consecuencia rigurosa de la fé que el niño acaba de pedir. Y contesta el niño por boca de su padrino y de su madrina: « Lo prometo. » — ¿Prometes renunciar á Satanás, á sus obras, á sus pompas, y adherirte inviolablemente á Jesucristo! — Lo prometo, vuelve á contestar el niño. — Que sea pues cristiano, ya que promete serlo, y nosotros le bautizamos *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Y después de estas palabras, ya está listo; su alma lleva el sello indestructible del Cristiano, está en las filas de los predestinados; ¡ah! ¡ojalá pueda permanecer siempre en ellas!... Ved ahí, hermanos míos muy amados, bajo qué condiciones se es cristiano; ved ahí bajo qué condiciones lo habeis venido á ser vosotros mismos... Vosotros prometisteis; todos cuantos estamos aquí, todos prometimos por boca de nuestros padrinos renunciar á Satanás y vivir solamente para Jesucristo. Y la mancha original fué borrada en nosotros, y el ropaje de la inocencia revistió nuestra alma; la Iglesia santa nos adoptó como á hijos suyos y nos puso, como decía hace poco, en el camino que ha de conducirnos al Cielo. Si nosotros hemos perdido este camino; si nos hemos apartado de la buena senda, á nosotros solos, hermanos míos, es á quienes se debe dar la culpa. Más dichosos que los paganos, hemos conocido, conocemos todavía la verdad. Ella, en más de una circunstancia, ha brillado á nuestros ojos con el resplandor más vivo; nosotros la hemos visto radiante de luz en el día de nuestra primera comunión. En ese día la hemos amado y, bajo las miradas de Dios, en presencia de numerosos asistentes, con la mano puesta en las sagradas fuentes, hemos prometido seguirla, hemos prometido ser fieles á Jesucristo. Pero después.... ¡Ay, Dios mío, cuánta infidelidad, cuánta ingratitud para con vos! ¡Cuántas veces nos hemos desviado de la buena senda!...

PERORACIÓN. — ¡Ah! carísimos hermanos míos, volvamos, sí, volvamos lo más pronto posible á este camino que nos ha de conducir al Cielo. Si viniese la muerte á sorprendernos en estas sendas que llevan

al infierno, ¿no nos encontraríamos inexcusables ante el tribunal de Dios?... En aquel solemne momento en que nuestra alma estará allí, sola, temblorosa ante su juez, ¿qué podremos contestar nosotros, infelices criminales?... « Yo, nos dirá él, te había señalado desde tu nacimiento con el sello de los predestinados; el agua del bautismo había caído sobre tu frente, tú te habías hecho hijo mío. Vuelto á mi amistad, colocado por mis manos en el camino que debía conducirte al Cielo, no lo has seguido, lo has dejado voluntariamente para tomar el camino opuesto. Violador atrevido de las promesas de tu bautismo, habías dicho: Renuncio á Satanás, á sus obras y á sus pompas. Cometiendo el mal, encerrando y conservando en tu alma una porción de faltas, te has entregado al demonio; tu voluntad, arrastrada sucesivamente por la impureza, el orgullo y la avaricia, ha trabajado para Satanás, ha practicado sus obras; tu corazón ha buscado sus pompas; tú habías prometido adherirte á Jesucristo!... ¡Juramento irrisorio y mil veces violado!... ¿Dónde estan las oraciones, dónde los homenajes, las adoraciones, el amor que me habías prometido?... Tu alma, consumida por la indiferencia, aguijoneada por un cobarde respeto humano, ó encadenada por hábitos funestos, ha desconocido mi amor y menospreciado mis sacramentos... Y ahora, hijo rebelde y perjuro, dos preguntas solamente: Tú habías prometido vivir según mi doctrina; ¿has cumplido tu promesa?... Tú habías jurado odio al demonio, amor y fidelidad á tu Salvador; habla, ¿has cumplido tu juramento?

¡Oh Jesús, oh Salvador lleno de misericordia, evitadnos este terrible momento del juicio! ¡Sí, nosotros somos culpables, muy culpables, para con vos!... ¡Oh Redentor nuestro tan lleno de amor; nosotros hemos abandonado la senda de la salvación; concedednos la gracia de que volvamos á entrar muy pronto en ella para no volverla á dejar jamás; que confesemos sinceramente nuestras faltas, que las deploramos en la amargura de nuestro corazón, y que nuestra alma, reconciliada con vos, os sea fiel hasta nuestro último suspiro!... ¡Así sea!



## INSTRUCCION CUARTA.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA (*En la oración de la noche.*)

## De como se abandona el camino que ha de conducir al Cielo.

TEXTO. *Arcta via est quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam*: Estrecho es el camino que conduce al cielo, y son pocos los que lo siguen.

(MAT., VII, 14)

EXORDIO. — Mis muy amados hermanos, Nuestro Señor Jesucristo, considerando lo que en el mundo pasaba, viendo á los hombres correr, unos en pos de las riquezas, otros en pos de los honores; éstos fatigarse en busca de los placeres; abandonarse aquellos á hábitos criminales, decía á sus Apóstoles: ¡Oh! ¡cuán estrecho es el camino que conduce á la vida, y cuán reducido es el número de los que lo siguen! Apesar de las abundantes gracias que nos proporciona la religión, á despecho de las luces é instrucciones que nos han traído sus divinas enseñanzas, ¿no vemos renovarse ante nuestros ojos este triste espectáculo, esta misma indiferencia para las cosas de la salvación que hacía suspirar á nuestro divino Salvador?... Dirijamos los ojos á nuestro alrededor; ¿qué es lo que pasa todavía hoy entre los hombres?... Los unos, esclavos de la codicia, quieren á toda costa acrecentar su fortuna; los otros buscan en la intemperancia ó en los placeres, estériles y culpables goces. Los hay que se enorgullecen de su impiedad; los hay que hacen ostentación de una falsa virtud y se escudriñan á sí mismos en las cosas más santas... Pero, ¡cuán pocos hay que, prefiriendo su virtud á todo lo demás, marchen con paso firme y constante por el camino del bien!... ¡Y cuánta ocasión tenemos de repetir hoy ese lamento del Salvador: *Estrecho es el camino del cielo, y cuán pocos son los que lo siguen!*

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Veamos juntos esta noche de dónde procede este desórden. Digamos, *en primer lugar*, lo que somos hasta el día

de nuestra primera comunión; y luego examinaremos, *en segundo lugar*, cómo dejamos el camino que debía conducirnos al Cielo.

*Primera parte.* — Hermanos míos muy amados, como decíamos el domingo por la noche, Dios, en su solicitud completamente paternal para la salvación de nuestras almas, quiso que, por el Bautismo, fuésemos introducidos en esta senda del Cielo, en este camino que lleva á la vida. Vosotros os habréis encontrado más de una vez con extranjeros que os pedían por el camino que conduce á tal ó cual país inmediato ó vecino á este pueblo; y vosotros, mostrándoles el camino, les habeis dicho: « Seguid esta via, sin decantaros ni á derecha ni á izquierda, y ella os conducirá á donde quereis ir. » Nuestro Padre, que está en los cielos, se ha conducido de igual manera con respecto á nosotros. « Hijos que habeis recibido el Bautismo, os encontrais en el camino bueno, nos ha dicho, haced todo lo que habeis prometido y llegaréis al Cielo. » Sí; pero, oh carísimos hermanos, ¡cuán raro es que el niño siga durante mucho tiempo este camino!... Veamos lo que es de él, lo que ha sido de nosotros.

Mientras el niño no ha manchado con pecado alguno mortal su inocencia bautismal, es el amigo predilecto de Dios, la gracia habita en su corazón; de pequeñito, aprende sus oraciones sentado encima de las rodillas de su madre; las primeras verdades de la religión, los primeros elementos del Catecismo penetran fácilmente en su inteligencia y se graban rápidamente en su memoria. A veces esta facilidad es tan grande, sus contestaciones y sus preguntas muestran una inteligencia tan precoz, que parece que sea su Angel bueno quien le repite las lecciones de sus padres y le inspira aquellas reflexiones que sorprenden y regocujan el corazón de su madre. Esta disposición á retener lo bueno, este candor de fé, esta piedad tan ingénua, ¿no conoceis de dónde proceden? Es la gracia de Dios, es uno de los frutos del Bautismo que se desarrolla en su inocente corazón...

Pero el niño crece, acaba de cumplir los siete, los ocho años... ¡Ah! si entonces sus padres no han puesto cuidado en apartar de él las malas compañías, si no han cuidado de velar sobre él, de corregirle, de reprenderle, ¡ah! funesto conocimiento del mal, cuán de prisa pene-



tras en su tierno corazón!... Velle revoltoso, perezoso, desobediente, mentiroso; las blasfemias, los juramentos y las palabras deshonestas se graban en su memoria y llevan gérmenes de muerte á su alma... Cuanto más inocente ha sido, cuanto más buenas disposiciones ha mostrado para el bien, mayores son también los estragos que el mal produce en él... Podrá ser, hermanos míos, que la necesidad de frecuentar el Catecismo y la obligación de prepararse para la primera comunión, acompañadas de algunas suaves amonestaciones de los padres, consigan reprimir por algun tiempo esta funesta influencia del mal. Pero, tenedlo entendido, no es destruída; duerme, para despertar en breve más fuerte y casi invencible... ; Y se verán niños que, hasta preparándose para su primera comunión, ya discurren las veces que cumplirán el precepto pascual, y cuantas semanas asistirán á oír Misa!.. Muchachas habrá que sabrán de antemano en qué mes haran su aparición en aquellas sociedades, que vosotros conoceis bien, y que no hay necesidad de que yo designe más claramente.

*Segunda parte.* — Esta historia que acabo de bosquejar ¿ no es, hermanos míos, la de muchos de nosotros?... Veamos ahora cómo dejamos el camino que debía conducirnos al Cielo. Ese momento, que habíamos fijado desde nuestra primera comunión, ha llegado... Hace año y medio ó dos años que la hicimos... Trátase de un jóven; desde entonces le veis abandonar la iglesia; ya no asistirá á los divinos oficios, ó si pertenece á una familia cristiana vendrá tal vez aún á Misa; pero ya no será para rezar. Llevar un libro para seguir el oficio del día, ; vaya hombre!, es demasiado grande; prefiere volver la cabeza de uno á otro lado, hablar, distraerse... Pero donde hay que verlo es en casa, en el seno de la familia : es desobediente, rebelde, insumiso... Vosotros, padres demasiado débiles, lo habeis echado á perder; quebrantando las leyes de la Providencia, habríais tenido verdadera pena si hubieseis tenido una prole numerosa : os habeis dicho : « No tendré más que un hijo »... Y habeis hecho de él un ídolo. Pero Dios es más fuerte que vosotros. ; Y habeis sido castigados precisamente por donde habeis pecado!.. Doble-gaós desde luego á los antojos de vuestro hijo; satisfaced todas sus exigencias; ; es vuestro amo!... Por más que hagais para disimular sus defectos, éstos son conocidos, se sabe como os hace danzar y el descoco

con que os contesta... ; Hijo ingrato, cuántas veces hará llorar á su madre!... Fuera de casa, es mal hablado, grosero, descarado. ; Oh ! ; cuántas palabras obscenas ó impías oís salir á veces de la boca de esos niños de quince años, que se figuran que eso les hace grandes y les hace parecer hombres!...

Trátase de una muchacha ; dos años después de su primera comunión no abandonará, tal vez, completamente la iglesia; esto no se acostumbra, á lo menos en algunos países... Pero mirad su postura en el sagrado lugar; también vuelve la cabeza de uno á otro lado, habla, distrae á las demás, se aburre... En vano otras compañeras más piadosas obsequiarán á la Virgen María rezándola algunas decenas del rosario; ella será la primera en salir, ó si no, se irá á sentar en un banco separado, haciendo por estorbar el recogimiento de las otras... ; Pobre niña! Por tí está ya dejado ese camino de la virtud, está perdida ya aquella cándida piedad de la primera comunión!... Pero sigámosla un instante... Vosotros no ignorais, hermanos míos muy amados, de qué manera acaba para muchas de esas jóvenes este día que se llama el día del Señor... No digo más, me basta con que se me comprenda, y tendría que hablar demasiado si tan solamente quisiese enunciar lo que vosotros mismos pensais....

Por último, jóvenes ó muchachas, hombres ó mujeres, ved ahí como abandonamos todos nosotros este camino de la salvación, en el cual fuimos colocados por nuestro bautismo y en el día de nuestra primera comunión... Estos se apartan de él de un modo, aquellos de otro... Mas ; cuán reducido es el número de los que lo siguen fielmente, y sobre todo cuán pocos lo vuelven á cojer después de haberlo abandonado!... Una vez enredados por aquellos funestos senderos del mal, quédanse en ellos por costumbre, por cobardía, se pasan en ellos los más hermosos días de la vida, reservándose dar á Dios los escasos días de la vejez. ; Sí, Señor, esos restos de una vida inútil hasta entonces, los guardan para vos como se guarda para un pobre un traje viejo y hecho girones!...

Pasa la efervescencia de la juventud, se calman las pasiones ; pero la fè, la piedad, la religión no renacen por eso en el corazón... En la edad madura otras pasiones, otras costumbres, tan malas como aquellas, reemplazan con harta frecuencia á las pasiones y costumbres de la juventud



la avaricia ocupa el lugar de la impureza; la codicia lleva á trabajar en día festivo, y aleja de la iglesia á aquellos á quienes en otra época habían alejado las burlas ó los sarcasmos de algunos seres de mala índole. Se ha perdido el buen camino y no se hacen más que débiles esfuerzos, que á nada conducen, para volverlo á encontrar...

Para volver á Dios, para entrar de nuevo en la senda que lleva al Cielo, sería menester armarse de valor, hacer un violento esfuerzo, repasar en medio del dolor y de la amargura del alma las faltas y las iniquidades cometidas durante los veinte, treinta ó más años que se ha vivido olvidado de Dios. ¡Una tarea tan grande asusta nuestra cobardía!.. Sería menester además, después de haber reconocido sus faltas, venir á confesarlas con sinceridad, con humildad, á los piés del ministro de Jesucristo. Pobres hijos pródigos, no estamos aún bastante despegados del mal, para tratar de volver á este precio la paz á nuestro corazón y la inocencia á nuestra alma... Sería menester, después de nuestra confesión, dejar aquel trabajo del día festivo, renunciar á unas costumbres que, al envejecer, han venido á ser para nosotros una segunda naturaleza... Sería menester asistir con regularidad á los divinos oficios, evitar tal compañía, huir ciertas ocasiones que nos llevan al mal... Verdaderamente, es exigir demasiado de nosotros, ¡y nosotros creemos que Dios, que Nuestro Señor Jesucristo, después de haber muerto por nosotros, no merece que nosotros hagamos algunos esfuerzos por él!...

PERORACIÓN. — Y bien, Cristianos, pues que somos tan cobardes, tan indignos del amor de Dios... permanezcamos en este funesto camino en el cual nos hemos engolfado desde tan jóvenes; sigámoslo con la frente alta; marchemos resueltamente hácia el infierno á donde nos tiene que llevar!... Mas nó, ¿qué digo, hermanos carísimos? Volvamos; ah! volvamos más bien á Dios á quien hemos dejado; ¡él es bueno, clemente, misericordioso!... Un esfuerzo de nuestra parte, y nos perdonará, y todo quedará olvidado, y volveremos á ser colocados por él mismo en este camino de la vida que jamás hubiéramos debido abandonar...

¡Jesús, oh buen Jesús, dulce Redentor, Salvador lleno de misericordia, dignaos concedernos esta gracia! Acordáos de vuestro amor, de vuestra cruz, de aquellos crueles sufrimientos del Calvario padecidos por noso-

tros... Acordáos de que os pertenecemos, de que somos el precio de vuestra sangre... ¡Oh! no permitais que unas almas que os fueron consagradas por el bautismo, que os pertenecían todavía en el día de su primera comunión, estén separadas para siempre de vos... ¡Buen Pastor, tomad sobre vuestros hombros y volved á conducir al redil á unas pobres ovejas extraviadas, y permitid que ellas os permanezcan fieles para siempre jamás... ¡Así sea!

### INSTRUCCION QUINTA.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

De como Jesucristo nos busca cuando hemos abandonado el buen camino.

TEXTO. — *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid á mí todos los que estais fatigados y sobrecargados, yo os aliviaré.

(MAT., VI, 28)

EXORDIO. — Más de una vez, hermanos míos, durante las largas veladas de invierno, cuando era profunda la oscuridad, cuando la lluvia impedida por el viento azotaba vuestras ventanas y cuando oiais silvar en torno vuestro la tempestad; más de una vez, digo, habeis pensado en los pobres viajeros errantes en la llanura, y les compadeciais de todo corazón. Si en aquel mismo instante uno de esos viajeros extraviados en medio de las tinieblas, perdido su camino y no sabiendo cómo volverlo á encontrar, lanzase lastimeros gritos y pidiese socorro, aquel grito resonaría dolorosamente en vuestra alma; dejaríais sin vacilar vuestras moradas para acudir en su busca; contestaríais á sus gritos con otros gritos; encenderíais fuegos, agitaríais teas para indicarle la dirección que debería tomar y para hacerle recobrar su valor... Gracias á